

Azorín, entre los clásicos y con los modernos

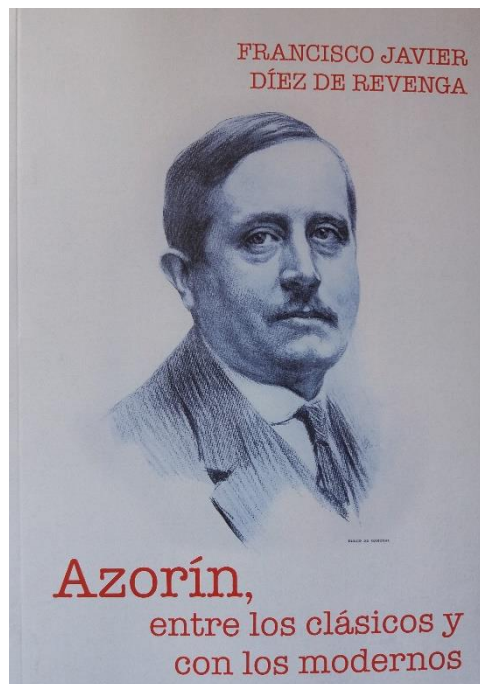
Manuel J. Ramos Ortega

Universidad de Cádiz. España

manuel.ramos@uca.es

Tonos Digital, 42, 2022

Francisco Javier Díez de Revenga, *Azorín, entre los clásicos y con los modernos*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, Nueva Biblioteca de Estudios Regionales, 2021, 333 págs. ISBN: 978-84-123693-1-1.



Aún no ha pasado un año desde la publicación de su espléndido estudio sobre la escritora cartagenera Carmen Conde, cuando de nuevo el Catedrático Emérito de Literatura Española de la Universidad de Murcia, el profesor Francisco Javier Díez de Revenga, en la misma colección regional murciana que la anterior publicación, nos entrega una nueva y ejemplar

monografía sobre otro escritor levantino, en este caso el monovareense José Martínez Ruiz, Azorín.

La apuesta era arriesgada, aunque valiente y sin duda merecida para un autor que, como asegura el profesor, «Azorín es un escritor muy olvidado, como otros muchos de su tiempo, y su lectura está reducida a los estudiosos —ni siquiera a los estudiantes— y a los hispanistas». Aparte de la decidida apuesta de nuestro profesor por reivindicar, traer al día y actualizar la numerosísima bibliografía de los estudios azorinianos, que era de esperar en nuestro filólogo, la presente monografía tiene la virtud, como siempre en su dilatada carrera investigadora, de abrir nuevas y atractivas líneas de investigación al ya de por sí inmenso y caudaloso compendio bibliográfico de los estudios sobre el escritor levantino. Sin que por ello no se atiende a toda la producción investigadora anterior de los más importantes estudiosos sobre el maestro alicantino hasta la actualidad. Díez de Revenga siempre encuentra en su ensayo sobre nuestro escritor un hueco, un matiz, un rincón en su vasta obra para «rebañar» una opinión más, una vuelta de tuerca añadida a la ingente y valiosa bibliografía que ha enriquecido con sus estudios la potente y espléndida obra del escritor monovareense.

Como explica muy bien en la «Introducción» de su libro, el marbete o título de *Clásico(s) y moderno(s)* no solo es un título de la copiosa bibliografía del maestro sino que justifica para nuestro profesor el título con el que bautiza su propio ensayo —*Azorín, entre los clásicos y los modernos*— pues «no hay duda ninguna: el clásico moderno por excelencia es desde luego Azorín». A lo largo de las más de 300 páginas de su monografía, el profesor Díez de Revenga pone de relieve este doble paradigma de la caudalosa obra de nuestro maestro. Pues Azorín no solo fue el magnífico y sugerente lector de nuestros clásicos, sino que además supo otear el nuevo horizonte o la renovación que necesitaba nuestra novela. Su señera, si no precursora, aportación al género se aprecia en sus novelas: *Don Juan*, *Doña Inés*, *La voluntad* que avanzan una nueva y valiosa propuesta: la novela lírica o poemática.

A lo largo de quince «propuestas» o capítulos, Díez de Revenga nos ofrece una imagen literaria y, en ocasiones personal y vital, del escritor alicantino que acierta a devolvernos la verdadera trascendencia de un

autor, como hemos escrito en el párrafo anterior, que en los últimos años no ha merecido la atención que le corresponde a sus verdaderos méritos como uno de nuestros mejores prosistas y articulistas —va de suyo— de la literatura española contemporánea. Azorín fue un escritor que amplió enormemente el género de la novela moderna. Así, cuando escribía *La voluntad*, lo hacía a sabiendas de que estaba inaugurando una nueva manera de renovar la novela realista decimonónica. Cuando se habla del paisaje en esta novela y en general en toda su literatura, hay que advertir que no se trata solo de paisaje, sino ello en relación —muy del 98— con las gentes que lo pueblan o de la historia en la que se enraízan. Y además está el juego de introspecciones o, lo que diríamos con palabras actuales, el monólogo interior que el autor establece con su *alter ego*, el maestro Yuste, que lo representa, o sea consigo mismo y su propio pasado en el pueblo murciano de Yecla, donde realizó sus primeros estudios.

Las páginas de este libro son esclarecedoras de los matices y la luz que proyecta el profesor Díez de Revenga sobre la obra del escritor monovarense. Azorín se sitúa a la cabeza, junto con Unamuno, Valle-Inclán y Baroja, de la creación del ensayo y de la prosa moderna. Para lo cual establece comparaciones muy acertadas entre las novelas de estos cuatro verdaderos gigantes de nuestra literatura contemporánea. Como escribe el profesor, la nueva novela, la novela lírica ha nacido de manera fundamental en las páginas de las primeras novelas de Azorín, *Las confesiones de un pequeño filósofo* y de *La voluntad*. En ellas hay una sinécdoque muy azoriniana que nos traslada de lo particular a lo universal, ya sea través de un pueblo, como Yecla, o un personaje, como Yuste. Personaje, por otra parte, precursor del Juan de Mairena de Antonio Machado.

Porque escribir sobre Azorín es escribir sobre la generación del 98 y, de suyo, sobre el paisaje y los pueblos de Castilla y, no menos, de la poesía y los poetas de Castilla o, por extensión, de los poetas que han poetizado sobre, o en, Castilla. Según escribe Díez de Revenga, Azorín no solo atendió a la prosa, la suya o la de otros, sino también a la poesía. De hecho, otra de las facetas que destaca nuestro autor son sus poemas en prosa, destacando especialmente dos poemas en prosa en forma de cuento: «Una ciudad y un balcón» y «Las nubes», de su libro *Castilla*. Por otra parte, su artículo «La poesía de Castilla», publicado en el *Diario de Barcelona*, en fecha tan

temprana como el 28 de julio de 1908, es aprovechado por el maestro de Monóvar para mostrarnos su visión de Castilla, la de unos determinados aspectos del paisaje castellano, aquellos que han pasado a la mítica consideración de la imagen de Castilla y —de nuevo la sinécdoque—, de la España del 98. Este artículo es de una importancia reveladora de la posición de Azorín, como también la de Antonio Machado, en contra de la supuesta influencia del modernismo-simbolismo de origen francés en el modernismo español. Idea que alcanza a la polémica entre Rubén Darío y Miguel de Unamuno, «cuyo desdén por el modernismo fue también sonado y polémico». Por parte de Azorín, como también de A. Machado, la visión de Castilla al final y comienzos de siglo, y por ende la de España, es muy crítica y negativa. Es una «España decadente de pueblos añejos, con iglesias y con tertulias de casinos, de mujeres encerradas en su casa, de hombres que sueñan con un pasado mientras viven de las rentas, y de los que trabajan para ellos». Y eso que, como advierte el profesor, cuando Azorín escribe su artículo del *Diario de Barcelona*, difícilmente podía conocer un solo poema de *Campos de Castilla*. Aunque sin duda coincide la visión precursora de Azorín con la posterior reflexión que hará Machado del paisaje castellano y la exteriorización de su mirada al paisaje con la fecha decisiva de su llegada a Soria. Si no con Machado, la mirada crítica de Azorín hacia el paisaje castellano podría coincidir mejor con el Unamuno de su libro *Poesías* no menos que con la correspondencia que ambos mantuvieron a lo largo de su vida. Precisamente una de las secciones del libro de Unamuno se titula «Castilla». Tampoco nos puede extrañar, dentro de esta cadena de sucesiones castellanas, el hecho de que Antonio Machado, trasladado ya en Baeza, saludara la *Castilla* de Azorín con el poema «memorable» que Díez de Revenga transcribe enteramente y que comienza: *Con este libro de melancolía, toda Castilla a mi rincón llega;*

Pero Castilla para Azorín no es solo un paisaje es un sentimiento, un alma, una emoción, una manera de vivir, en donde la memoria juega un relevante papel. Como bien sentencia la conocida cita azoriniana de «Las nubes» y «Una ciudad y un balcón»: «Vivir es ver volver», o sea la recuperación del mito del eterno retorno, la retención del tiempo en el recuerdo. Azorín es además un maestro en el lenguaje y por ello su

reivindicación o su idea del obligado regeneracionismo español deviene y hace causa común con un regeneracionismo del lenguaje, del estilo literario. Castilla, según otra de las «propuestas» de nuestro filólogo, es su historia y sociedad. Azorín se muestra partidario decisivo de los grandes inventos que conducen al progreso. Apuesta en su empeño la extensión de los ferrocarriles como vía decisiva de comunicación de toda la geografía española. Se adelantó nuestro escritor por lo menos en cien años al futuro. Aunque en estos momentos pensemos todos en el denominado AVE. Por otra parte, la sociedad española no se regenerará si no es a través del viaje y la lectura. Ya el profesor Rozas, como comenta Díez de Revenga, acertó tempranamente a establecer los cuatro elementos que Azorín desarrolla en su libro. Por este orden: «El viajero por España y Europa[...] el héroe sin tragedia [...] el hombre intrahistórico [...] y la Humanidad, mientras el mar sería el protagonista ausente». Pues como señala Díez de Revenga, Castilla es como es porque no puede ver el mar. Podríamos decir: la nostalgia del mar. Esta visión no está tan alejada de la visión tan distinta y distante de los poetas del Norte y los del Sur que se ampliará considerablemente en los poetas llamados del 27.

La «propuesta» central en el libro de Díez de Revenga es «La España del 98». En 1913 Azorín publicó una serie de artículos en ABC con el título de «La generación del 98», que luego incluyó en su libro *Clásicos y modernos*. A partir de 1905, publicadas sus tres primeras novelas, sus obras disminuyen su característica ficcional y reúne, en cambio, artículos de prensa en los que habla de España: *Los pueblos*, *La ruta de Don Quijote*, *El político* y *España*. En ellos, como explica muy bien Díez de Revenga, Azorín mantiene su acostumbrada norma de analizar la realidad española basándose en los pueblos, en el paisaje y en las gentes que lo habitan. Es sorprendente en este sentido la crítica acerada hacia la burocracia y los políticos, tan actual como elocuente: «No hagáis, vosotros, los que llenáis las Cámaras y los Ministerios, que los que viven en las fábricas y en los campos vean en vosotros la causa de sus dolores». En cuanto a su libro *La ruta de Don Quijote*, Azorín nos muestra una imagen recogida por los caminos y las ventas cervantinas, trasunto de la España del 98. De nuevo la analogía: paisaje —realidad social e histórica.

No menos importante es la «propuesta» o capítulo dedicado a «La Gran Guerra» en donde vemos a un Azorín manifiestamente decantado por la francofilia frente a la germanofilia de la mayoría de su país, aunque se declarara oficialmente neutral. Nos encontramos a un Azorín muy francés y parisino ya que enviaba sus crónicas en ABC de la primera guerra mundial desde París. Una imagen que Díez de Revenga amplía hacia el concepto antibelicista de Azorín. Y así cita este magistral y esclarecedor párrafo: «La lucha entre los hombres no es ley de vida ni de progreso. Decidlo muy alto y con firmísima convicción: la ley de vida, la ley de progreso no es la guerra ni la lucha devastadora del hombre entre el hombre, sino la lucha contra la naturaleza, la lucha contra la materia, para descifrar sus secretos, para adueñarse de sus arcanas propiedades [...] La actual y terrible guerra no hará detenerse en su marcha ascendente a la humanidad». Otro de sus artículos de este momento es el titulado «Pinturas viejas» en donde Azorín selecciona textos procedentes de las *Empresas* del político murciano Saavedra Fajardo en donde refleja la distinción que hacía el diplomático del siglo XVII entre los que en 1914 eran los aliados (Inglaterra y Francia) y Alemania, que Saavedra critica con severidad y dureza. Todo esto originó la consiguiente polémica en la prensa madrileña, naturalmente en contra de nuestro escritor y corresponsal. Se me ocurre que Saavedra es un adelantado de la posición relativista —por su manifiesta defensa del cosmopolitismo y de la observación objetiva de los países extranjeros que conoció— del pensamiento ilustrado de Feijoo y Cadalso. Azorín se defendió aduciendo que Saavedra no era ni francófilo ni mucho menos francés. No se acabó aquí la colaboración parisina de Azorín. Su *París bombardeado* confirman su condición de aliadófilo y su amor por Francia, especialmente París. A su regreso a España, se muestra nostálgico de París y de la cultura francesa. Azorín se declarará preocupado de que España no sea como Francia.

En el siguiente capítulo Díez de Revenga comenta unas cartas y un artículo olvidado que explica la amistad que existió entre su antepasado Emilio Díez de Revenga y el escritor monovarense. Pues en efecto se conocieron y compartieron aficiones literarias y amistad en el PEN Club y, posteriormente, acompañó al maestro en el banquete homenaje dedicado a nuestro escritor en la Cripta del Pombo en fecha tan significativa como

noviembre de 1927. De la amistad entre ambos dan cumplida cuenta la amplia correspondencia que publica Díez de Revenga compuesta por 18 documentos epistolares.

De la tradición áurea y de sus lecturas de los clásicos devienen sus dos novelas *Don Juan* y *Doña Inés*. Ambas en la línea ya avanzada en *La voluntad* de novela lírica. Dos novelas similares también desde el punto de vista estructural. Ya que ambas están constituidas por una sucesión de breves capítulos unitarios, «especies de poemas en prosa que tratan en cuadros aislados el desarrollo de una delgada trama». Destaca el profesor Díez de Revenga dos características notables: el fragmentarismo y las sensaciones que inclinan y decantan su escritura hacia la poesía en prosa. En esto Azorín se muestra un adelantado de Juan Ramón Jiménez y de la poesía del 27, como más adelante se verá. Luego está naturalmente la rentabilización por parte de nuestro maestro del mito clásico representado por sus respectivos protagonistas. Está muy bien visto por Díez de Revenga la atracción por el mito de Don Juan de otros escritores contemporáneos como Gonzalo Torrente Ballester. En su novela *Doña Inés*, a juicio siempre de Díez de Revenga, lo esencial es el tratamiento del tiempo, ya que la protagonista es una mujer víctima del tiempo o, por mejor expresarlo, del paso del tiempo. Ya que, abandonada definitivamente por Don Juan, se encuentra sola. Es víctima de un romanticismo falso y desfasado, en la tradición, a mi modo de ver, de algunas otras heroínas femeninas como Madame Bovary o Ana Ozores. Aparte y por encima de las características técnico-narrativas de esta novela, el profesor Díez de Revenga destaca su lectura, la de las dos novelas, no como objeto científico sino como lectura personal de los clásicos.

El siguiente capítulo o «propuesta» de este libro es la lectura que hizo el maestro Azorín de los poetas en el principio conocidos como «la joven literatura» que la historiografía ha consagrado y consolidado como «Generación del 27». Desde un principio llama poderosamente la atención el afecto y el apoyo que Azorín dispensó a los jóvenes poetas de la década de los años veinte. En este sentido es de gran interés recuperar la opinión de Azorín sobre aquellos entonces jóvenes poetas: Rafael Alberti, Jorge Guillén, Pedro Salinas, etc. Pues llama la atención la opinión no solo contraria a Azorín sino incluso manifiestamente beligerante hacia esos

mismos poetas de Juan Ramón Jiménez. El poeta de Moguer llega a afirmar que la actitud favorable hacia ellos de Azorín era de «una inmoralidad insostenible», llegando incluso a acusarle, en uno de sus artículos, de un desconcertante, brusco e inexplicable cambio de actitud. Por su parte, Azorín intuye la importancia de la poesía en los albores de la centuria. Él mismo había sido un precursor de la prosa y la novela lírica en sus inicios y se muestra totalmente favorable a la nueva literatura de estos jóvenes poetas que se presentan como la nueva vanguardia. Llama la atención los libros que Azorín reunía en su mesa de trabajo antes de iniciar su viaje a una Cartuja próxima a Madrid, posiblemente la del Paular. Repararemos en alguno de los nombres de esos autores: Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Alberti, Salinas y García Lorca. Ya Gerardo Diego, solo un año después de la muerte del maestro, declaraba su admiración por la prosa poética del primer novelista lírico. Azorín dedicó además algunos artículos a los poetas de los años veinte y, más concretamente, a Salinas, Guillén, Gerardo Diego, Aleixandre, Altolaguirre y Alberti que, lamentablemente, han sido olvidados. La primera impresión que saca Díez de Revenga de la lectura de estos artículos es lo diferente que encuentra Azorín la poesía de estos jóvenes de la anterior, la de su propia generación realista. Elogia los libros de Guillén (*Cántico*) Salinas (*Seguro azar*) y Alberti (*Cal y canto* y *Sobre los ángeles*). Para él la poesía pura ha existido siempre. «Pero la de ahora es una pureza diferente». De Salinas admira la inteligencia. «Poetas como Pedro Salinas y Jorge Guillén usan de un mundo nuevo, original, de forma conocida. Al fondo de este debate entre poesía joven y vieja, supongo que entraría maliciosamente el debate de la poesía pura de Juan Ramón y la poesía sin pureza de Neruda. Y quizá, en mi opinión, no en menor importancia, el concepto orteguiano de la deshumanización del arte.

Otra de las “propuestas” es el capítulo dedicado a la atención y el descubrimiento del paisaje levantino en la comparación entre Azorín y Gabriel Miró. En Azorín la presencia del paisaje aparece ya desde sus primeras novelas poemáticas. En *La voluntad* Yecla es un paisaje y más aún: es la influencia que llega a ocupar en el interior de un personaje. Los llamados monodialogos aparecen en su novela por vez primera. A mi modo de ver no estamos lejos de la nueva novela europea: Proust, Thomas Mann y la novela intelectual de los jóvenes españoles Francisco Ayala y Benjamín

Jarnés. Las páginas de Azorín y Gabriel Miró referidas al paisaje levantino nos acercan a la mirada de los pintores impresionistas. Advierte nuestro crítico del mundo de las sensaciones de ambos: «La visión del paisaje, su aroma, su temperatura, despierta en el narrador recuerdos indelebles y por lo tanto vivos y presentes [...] lo que supone una reiterada implicación del narrador en su propia historia», porque paisaje y autor se relacionan y forman un todo. Por estos años Azorín tituló una de sus novelas *Superrealismo. Prenovela* que captaría para su normal uso no mucho después Luis Cernuda. Son los años surrealistas de García Lorca, Alberti, Aleixandre y el mismo Cernuda. Azorín se apuntó a esta aventura y en una revista tan significada por aquellos años como la *Revista de Occidente*. En estas páginas Azorín acuña o reformula el concepto y la palabra *superrealismo*, aunque con el transcurso de los años Azorín consideró esconder la dimensión experimental de esta novela, incluso cambiándola de título. Dentro de este capítulo Díez de Revenga dedica páginas muy bellas a la novela de Miró *Las cerezas del cementerio*. Novela que descubre una original relación entre erotismo y religión que avanza una nueva e importante aportación a la novela contemporánea. No están lejos Unamuno, Baroja o Valle-Inclán.

Con los capítulos «El poeta desconocido», que recupera una antigua edición del poeta del siglo XVII, Francisco de la Torre; «*El enfermo*», una novela autobiográfica y «*La isla sin Aurora*», una vuelta a la primera narrativa poética de Azorín, se cierra este completísimo y variado ensayo del profesor Díez de Revenga. Libro que actualiza, por no afirmar que recupera, al maestro de Monóvar. Descubre nuevas y sugerentes vías de acercamiento y abre nuevas y fructíferas puertas para el diálogo y la confirmación canónica del maestro monovarense.